

# Tablas y Pantalla

## LA APERTURA DEL TEATRO BLANQUITA

Desde hace no menos de seis u ocho años se ha repetido en todos los tonos la necesidad de que La Habana contara con un gran teatro, semejante a los existentes en Estados Unidos y otros países. Con un millón de habitantes y un número relativamente reducido de salas la ciudad demandaba un local de amplias proporciones, capaz de permitir la presentación a precios reducidos de espectáculos costosos por sus dimensiones y calidad.

Nadie ha discutido nunca la cuestión, aceptada como incontrovertible por ser producto de una realidad objetiva fácilmente apreciable aún por el más lerdo. Sin embargo, no surgía el hombre arrestado dueño de los cuantiosos recursos demandados por tal empeño. El senador Alfredo Hornedo ha sido ese sagaz hombre de empresa. A su clara visión y al generoso deseo de servir a la ciudad en nombre de un claro y férvido recuerdo, debemos la erección del gran teatro demandado por La Habana, largamente anhelado por todos.

La noche del viernes abrió sus puertas el teatro **Blanquita**, colmado por una enorme concurrencia que hizo lucir pequeño, digamos así, ese gran coliseo de Miramar.

Una marquesina de gran vuelo corre sobre el extenso frente en el que se abren numerosas puertas de cristales que dan acceso al amplio "foyer", del cual parten las entradas al patio de lunetas. Este, con una longitud y anchura que recuerdan las de los mayores teatros del mundo, se divide en dos planos sobre el último de los cuales está situado el espacioso balcón.

El ancho y profundo escenario responde a la enorme capacidad de seis mil espectadores. Pero además de esas dimensiones es un ejemplo de eficacia técnica, sobre todo en el orden de las luces, quedó probado en la función inaugural.

Diversas razones nos impiden detallar las características del extraordinario coliseo, pero no queremos dejar de señalar cómo el costoso y valiente empeño debe tener la más decisiva influencia en la vida teatral habanera. Ese es el criterio de dos talentosos compañeros en el periodismo, Francisco Ichaso y Leandro García. Porque, en manos de un empresario de las condiciones del señor Hornedo ajeno al interés económico y comercial por sí mismo, dispuesto a propiciar al pueblo habanero la ocasión de gozar de grandes espectáculos a un precio muy moderado, un teatro de la capacidad del **Blanquita** puede, y debe, rendir una función social de importancia. Hay en Cuba, muy especialmente en La Habana, un verdadero interés por el teatro. Por el teatro bueno, en cualesquiera de los géneros escénico. Se desea ir al teatro, ver teatro, pero bueno. Y para ello es capaz la gente criolla de pagar más de lo permitido por las condiciones económicas de cada cual. No hay que subrayar la enorme medida en que el teatro **Blanquita** y el senador Hornedo pueden satisfacer ese afán popular, contribuyendo al propio tiempo a la superación del gusto y la cultura del medio.

El programa de apertura del **Blanquita** y de estas semanas iniciales, bajo la dirección del señor Lou Walters, consiste en la presentación de la revista musical **De París a New York**, dividida en dos actos y veintidós cuadros a cargo de un numeroso elenco de artistas europeos y americanos.

Algunos de esos números poseen notable calidad dentro de su clase. Otros, no tienen relevancia mayor; y no faltan artistas desprovistos de merecimiento real.